

La piel del miedo

Sebastián Pedrozo

loqueleg

Primera parte

Fobia

Terror en la noche

La que contaré es una historia de terror. ¿Hace falta aclararlo? En estas páginas mostraré criaturas repugnantes y crueles.

11

Deambulan impunes por esta ciudad, la que oculta muchos misterios, demasiados secretos tan escalofriantes que, probablemente, te harán gritar de miedo si me escuchas hablar de ellos ahora mismo.

En estas calles o dentro de estas casas, para muchos ha llegado hoy la noche en que todo sucede, cuando nadie escapa, cuando todo ocurre.

Por estas tierras practicamos una conocida costumbre: cada 24 de agosto los adultos salen a bailar, se divierten y brindan por un tiempo que pasó. Es la llamada *Noche de la nostalgia*. En esa fecha la ciudad se vuelve una gran fiesta —o una aparente fiesta—. Primero la gente corre a peluquerías y tiendas de ropa, después los autos están por todas partes, veloces. Todos corren a prepararse para la gran celebración.

Pero hay un detalle que debemos tener en cuenta: en esta jornada invernal, ¿cuántos chicos se quedan en

sus casas, solos, desprotegidos, casi olvidados, sin un adulto que vele por ellos?

¿Cuántos?

Bien. Sigamos.

Los padres bailarán alegres, recordando otras épocas. ¡Pobrecitos!, ellos no se imaginan la macabra realidad que vendrá con la madrugada.

12 Claro, es cierto... Todos merecen un poco de diversión.

Pero, insisto, la cuestión es: ¿cuántos chicos están solos en sus casas mientras los grandes se aturden?

Muchos, demasiados. Ustedes lo saben.

Hay tantas víctimas para elegir, tantas casas sin personas mayores que las cuiden. Un verdadero festín para la maldad.

Cuando se celebra la famosa *Noche de la nostalgia*, la sangre se derrama sobre las heladas paredes de los barrios oscuros, solitarios, olvidados. Los gritos de horror y desesperación son tapados por la estridente música, que suena más alto que nunca.

Mi nombre es Poe.

Hoy habrá venganza. La noche es perfecta.

Tanto tiempo escondido, esperando el momento, agazapado entre tinieblas.

Buscando, hurgando en los cuerpos secos, muertos.

Ahora sabrán de mí.

Ya no tienen escapatoria.

Los pasajeros del horror

14 En la parte de atrás de la camioneta van dos niños.

Están atados a sus respectivos lugares por unas gruesas correas de cuero. No pueden escapar. Han dejado de patear. Saben que es inútil, que si se mueven recibirán un débil —pero efectivo— choque eléctrico. En cada asiento hay una plancha de metal conectada a una batería. Han sufrido la descarga en el trasero. Además, si gritaran, si cometieran esa tontería, nadie los podría escuchar, ni ver a través de los vidrios polarizados. Sin embargo, ellos pueden observar cómo la gente corre a prepararse para la esperada noche, la gran fiesta.

Caótica locura se respira en la ciudad: los autos que van y vienen, las paradas de ómnibus llenas de personas, los *shoppings* repletos, los taxis con más viajes que en todo el resto del año.

Mientras tanto, los pasajeros de la camioneta del terror miran hacia fuera, impotentes.

Ha comenzado a llover; esas gotas finitas que caen los días en que el frío parece morder la piel.

Arriban a un callejón. El motor se detiene, se apagan las luces. Dentro del vehículo el calor pesa, no se ha filtrado el aroma de la lluvia. Comienza a faltar el oxígeno.

Uno de los chicos, rubio y de lentes, cree conocer ese lugar, mas es tan solo una impresión.

Se inclina hacia delante en su asiento para decir algo. Pero se arrepiente.

De pronto, el conductor de la camioneta, un misterioso personaje de gorro negro de lana, se da vuelta y grita.

—¡Quietos! ¿Acaso no saben qué es lo que les espera? Deberían estar suplicando por sus vidas...

Nadie responde.

—Los voy a despellejar poco a poco —amenaza—. Sí, sí... voy a impedir que sigan leyendo esos malditos libros.

Los rostros de los niños se contraen del susto. ¿De qué libros está hablando aquel demente?

La niña, sentada al fondo, gimotea.

—No..., no, por favor, señor.

El conductor la mira con una mueca parecida a una sonrisa. El lamento de la niña lo estimula. Lo disfruta. Siente placer por el miedo ajeno.

—Aunque, pensándolo bien —continúa—, quizá se me ocurra algo peor para el resto de la noche. ¡Yo sé a qué le temen ustedes! ¡Y van a sufrirlo esta noche! —brama, lanzando una grotesca risotada—. Ya no podrán leer a ese impostor de cuarta.

—¿De qué está hablando? —suelta el rubio—. No entendemos nada, usted está loco, no puede andar por ahí secuestrando niños.

—Pronto van a entenderlo todo, cada secreto será revelado antes de que salga el sol. Además, qué culpa tengo yo de que sus padres los hayan dejado solos. Fue tan fácil sacarlos de sus casas... Lo lamento mucho, es un mundo cruel. ¡Ja, ja, ja!

16

Hace una pausa. Luego de resoplar, agrega:

—Ahora voy a hacer una llamada.

Sale y habla un rato por el teléfono celular.

Los pasajeros no pueden escuchar la conversación desde el interior del coche.

—Moloko, ¿está todo preparado? —murmura el sujeto, todavía en la calle—. ¿Ya están ahí? Hum, bien, bien.

Luego corta y, al cerrar la puerta del vehículo, profiere:

—¡Vámonos, me queda por sacar un último par de niños imbéciles de sus camas calentitas!

Ahora sí, la niña del fondo se larga a llorar con todas sus fuerzas.

Entonces el hombre enciende el motor.